

# BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

## ARZOBISPADO DE TOLEDO.

Nuestro Emmo. Prelado se halla acometido desde el miércoles de una ligera indisposición, que le obliga contra su voluntad á guardár cama, aunque sin interrumpir por eso las tareas ordinarias que lleva consigo la gobernación de tan vasta Diócesis. Probablemente tan pronto como se restablezca emprenderá el viaje á Roma, en compañía de los Excmos. é Ilmos. Sres. Arzobispo de Santiago y Obispo de Salamanca.

### GOBIERNO SUPERIOR POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Al resolverme, de acuerdo con el Gobierno de S. M., á publicar los partes diarios sobre el estado de la salud pública en esta capital que me fuesen trasmitidos por los profesores del Hospital general y las Juntas municipales de Beneficencia y Sanidad, no podia caberme la menor duda, de que á las noticias que me comunicasen habia de presidir todo el tino y toda la circunspeccion que la ciencia médica exige, y que recomiendan las circunstancias generales del pais, affligido en alguna de sus partes con la calamidad del Cólera morbo asiático.

Esto, sin embargo, y el espíritu que habia dictado ese sistema de publicidad encaminado á desvanecer los temores infundados y las voces exageradas, no fueron suficientes á impedir la circulacion de rumores, hijos quizá de una confianza no siempre conveniente, en los que se propendia á negar, sino la veracidad, la exactitud al menos de los partes dados á luz.

El Gobierno, firme en su propósito de atacar de frente todos los errores, fuesen los que fuesen, y ansioso al mismo tiempo de confirmar ó

rectificar los hechos promoviendo un amplísimo exámen con nuevos elementos de instruccion y esperiencia, se apresuró á disponer que una comision, compuesta de los autorizados profesores Excmo. Sr. D. Mateo Seoane, Dr. D. Mariano Lorente, Dr. D. Ramon Frau y Dr. Don Pedro Felipe Montlau, pasasen á la una de la tarde de ayer al Hospital de San Gerónimo á fin de reconocer los enfermos allí existentes, entendiendo en seguida el debido informe.

Cumplido con toda minuciosidad y con el mayor detenimiento el espresado encargo, los referidos profesores estendieron la comunicacion que sigue:

«Excmo. Sr.: En cumplimiento de la Real órden que V. E. nos ha comunicado, mandándonos pasar al Hospital establecido en el Convento de San Gerónimo, con el fin de reconocer si los enfermos acogidos en dicho establecimiento adolecen del Cólera morbo asiático, ó bien de otras enfermedades distintas, hemos visitado y examinado todos los enfermos existentes en dicho hospital, así como tambien el cadáver de una muger que ha fallecido esta mañana poco antes del reconecimiento.

»En el hospital existen nueve enfermos: cinco graves, dos menos graves y dos convalecientes ó entrando en la convalecencia. Los cinco graves presentan tan marcados los síntomas característicos del Cólera morbo asiático, que no hemos tenido la menor duda de que están padeciendo esta enfermedad. Los cuatro restantes, aunque se hallan en un periodo que podria dar lugar á confundir el mal con alguna otra dolencia, no nos queda duda de que debe considerarse tambien lo que han padecido y padecen como Cólera morbo asiático, en vista de la relacion que nos han hecho y de su estado actual. Atendiendo al objeto con que el Gobierno nos ha dado el encargo de ver y examinar los espresados enfermos, y á que, entre las particularidades del Cólera morbo asiático,

»es una, y no poco notable, el estado peculiar  
»de los cadáveres: hemos reconocido el de la  
»muger que falleció esta mañana, en el cual  
»hemos encontrado aquel estado, dejándonos  
»convencidos de que habia sido victima del  
»mismo mal.

»Los infrascritos, Excmo. Sr., no hablarían  
»tan positivamente acerca de la enfermedad que  
»padecen los acogidos en el Hospital de San  
»Gerónimo si no hubieran visto en otras épocas  
»muchos enfermos del Cólera morbo asiático, y  
»no estuvieran por tanto demasiado habituados  
»á distinguir esta dolencia de las demas; y al  
»cumplir el penosísimo deber que les ha im-  
»puesto la confianza del Gobierno, les queda  
»por una parte el consuelo de que nada sería  
»tan perjudicial como no decir toda la verdad  
»en circunstancias como las actuales; pues de  
»ocultarla, no se toman ó se toman demasiado  
»tarde las medidas energicas sanitarias que son  
»las mas eficaces para evitar los estragos de una  
»epidemia, al paso que por otra han tenido la  
»satisfaccion de ver el corto número de enfer-  
»mos invadidos con relacion á los dias trascur-  
»ridos desde que aparecieron los primeros casos.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid  
»Setiembre 29 de 1854.—Excmo. Sr.—Mateo  
»Seoane.—Mariano Lorente.—Ramon Frau.—  
»Pedro Felipe Monlau.—Excmo. Sr. Goberna-  
»dor civil de Madrid.»

Por triste que sea el resultado del exámen que tuvo efecto, segun las anteriores frases, cabenos el inmenso consuelo y la lisonjera esperanza, como dice oportunamente el informe, de que en los dias que ya han trascurrido desde la presentacion de los primeros casos coléricos, estos no han tenido ningun desarrollo notable, y de que la entrada de la nueva estacion y las variaciones últimamente ocurridas en la atmósfera hacen presumir fundadamente que el mal no llegará á tomar el incremento que ha ido adquiriendo en otras poblaciones desde los primeros momentos de la invasion.

Por otro lado, no hay manera mejor de atajarlo en su origen ó de reducirlo á insignificantes proporciones que la adopcion de medidas higiénicas, de visitas médicas preventivas, de pronta asistencia á los atacados y de formacion de hospitales donde sin tardanza y con esmero se asista á los pobres que carecen de recursos para su asistencia y de habitaciones ventiladas. Todas estas necesidades están ya satisfechas con oportunidad, y se satisfarán igualmente las que en lo sucesivo puedan estar indicadas.

En este concepto debe descansar tranquilo el pueblo de Madrid, entregarse con confianza á sus ocupaciones, y no dar valor á lo que no oiga de boca de sus Autoridades, interesadas

siempre en decirle la verdad por completo.

De la verdad nunca pueden resultar sino bienes, y tampoco pueden desviarse de ella los funcionarios públicos que comprenden y practican lealmente sus deberes.

Madrid 30 de Setiembre de 1854.

Luis Sagasti.

## VARIÉDADES.

MARTIRIO SUFRIDO EN EL MAR POR CUARENTA RELIGIOSOS DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, ÚLTIMAMENTE BEATIFICADOS.

(Conclusion.)

La flota levantó anclas de Lisboa el 5 de junio de 1570, y llegó en siete dias de navegacion á la isla de Madera. Allí debió separarse el Santiago de los demas navíos para ir á desembarcar mercancías en las Palmas, una de las islas Canarias, cuyo archipiélago está situado al Sur de la isla de Madera. Desde este momento las probabilidades del martirio estaban cada vez mas cercanas, porque se habian divisado algunos navíos corsarios. Vasconcelos los habia perseguido infructuosamente, y Acebedo supo en la isla de Madera que habian hecho rumbo hácia Canarias. Recomendó, pues, á los pasajeros del Santiago que estuviesen dispuestos á morir por la fé, si fuese necesario; y mientras navegaban con direccion al Sur, no les hablaba de otra cosa que de la corona del martirio y de la felicidad que estas islas verdaderamente *afortunadas* podian proporcionarles muy pronto.

Entre tanto el navío se vió obligado á arribar á un puertecito de la isla de las Palmas, desde donde debia encaminarse al puerto principal. Acebedo encontró allí un amigo de la infancia que le instó á que hiciese hasta aquel punto el viaje por tierra, y que allí podria alcanzar descansadamente al navío que debia desembarcar sus mercancías. Estuvo vacilando entre las instancias de su amigo, fundadas en el temor á los corsarios calvinistas que cruzaban la costa,

y la repugnancia de separarse de la tripulación del Santiago: pero por lo menos antes de dejarlos, quiso darles él mismo la comunión. Después de la misa, en la cual nunca dejaba de encomendar á Dios los asuntos importantes, en vez de encaminarse por tierra, hizo reembarcar su equipaje y subió con sus compañeros, haciéndose á la vela para el puerto de las Palmas. El sábado 15 de Julio al amanecer, un marinero hizo señal de cinco navíos. Al pronto se creyó sería la flota del gobernador, pero no tardaron en desengañarse reconociendo que eran velas francesas.

Pero dejemos hablar á M. Cretineau-Joly:

«Era Jacobo Sourie, corsario de Dieppe, el que bajo el título de vice-almirante la Juana de Albret, reina de Navarra, cruzaba por estos parajes. El pirata, cuyas heréticas crueldades le habian dado cierta especie de celebridad en los anales marítimos, tenia que cumplir una doble mision. Pirata, buscaba la fortuna atacando las flotas portuguesas; sectario de Calvino, procuraba interceptar á los misioneros el camino de las Indias. Vasconcelos tambien divisó estos cinco navíos, pero mas lijeros que los suyos se escaparon á favor del viento, y el corsario, teniendo á bordo trescientos soldados determinados, se lanzó en persecucion del Santiago, que no contaba mas que cuarenta hombres de tripulación.

» Acebedo conoció lo peligroso de la situacion: la fuga era imposible, y apeló al valor de los marineros; éstos eran católicos, y juraron pelear hasta la muerte. El capitán pidió que los Jesuitas que no estuviesen ordenados tomasen parte en su desesperada defensa. Acebedo respondió á esto, que su auxilio armado no podia producir ningun resultado, y que consagrados al culto del Señor, serian mas útiles á la tripulación rogando por ella ó socorriendo á los

heridos, que no tomando parte en el combate. Once quedan sobre cubierta; los mas jóvenes, conducidos por Benito de Castro, bajaron á la bodega. El corsario intima al Santiago rendirse á discrecion, y este contestó con una andanada que dá la seña del ataque.

» Ignacio de Acebedo, en pié, junto al palo mayor, tenia en sus manos la imagen de la Virgen que habia traído de Roma. Sus inspiradas palabras daban á sus hermanos y á los marineros la fuerza y el valor que él hallaba en su fé. Sourie intentó el abordaje y fué rechazado: otras dos veces vuelve á la carga, y otras dos veces vé malogrado su intento. Esta intrepidez de unos pocos hombres, rodeados por una escuadra, aumentó su habitual intrepidez. Veia á los Jesuitas sobre el puente, y la presa era para él mil veces de mas valor que todos los tesoros de las Indias; temió que por un prodigio de valor se le escapase el Santiago, y manda á los demás navíos acometer al enemigo por un quintople abordaje. Sus órdenes son ejecutadas, y al poco tiempo Sourie, á la cabeza de cincuenta de los suyos, saltó al navío portugués. La lucha es horrorosa, pero el capitán del Santiago cae cubierto de heridas. No quedan para defender la bandera mas que una docena de heridos y deponen las armas. Sourie les concede la vida: no es á los soldados á quienes él buscaba, sino á los Jesuitas; conserva la vida de aquellos para que puedan hacer relacion en su pais de los tormentos que iba á hacer sufrir á estos; él creia que esta relacion debia disminuir el fervor apostólico.

«A los Jesuitas! á los Jesuitas! gritaba con una voz atronadora, y no dar cuartel á esos perros, que van á esparcir por el Brasil la semilla de sus falsas doctrinas.»

» Acebedo y sus once compañeros se habian mostrado dignos del heroismo de

la tripulacion. A cada hombre que caia se precipitaba á su lado un padre, le recibia en sus brazos y le daba su bendicion, arrojando la descarga de la metralla. Muchos estaban heridos, y entre ellos el mismo Acebedo. Cuando concluyó el combate, conociendo éste que habia llegado su última hora, los reunió á su alrededor para morir todos juntos como habian hecho voto de vivir. Los calvinistas, escitados por el corsario, se precipitan sobre sus víctimas. Benito de Castro se presenta ante sus mosquetes, y muere pronunciando un acto de contricion. Acebedo tiene la cabeza abierta de un sablazo y su sangre cae sobre sus compañeros. «Los ángeles y los hombres (esclama) son testigos que muero por la defensa de la iglesia católica, apostólica, romana.» Y muere estrechando contra su pecho la imagen de la santa Virgen, que no habian podido arrancarle y que le siguió á las olas. Los hugonotes se ensañan en su cadáver, y despues degüellan á los demás con sus puñales ó los asesinan con los cañones de sus trabucos.

»Al ruido que los enemigos habian hecho precipitándose sobre el navío, el P. Benito de Castro, que estaba haciendo oracion en la bodega del navío con los Jesuitas jóvenes, sube con un crucifijo en la mano, se adelanta en lo mas fuerte de la pelea, y mostrando á los calvinistas el signo de la redencion, les dice con arrogancia: «Yo soy católico, hijo de la Iglesia romana, y quiero morir como tal.» Tres arcabuzazos responden á su profesion de fé; y como continuase, despues de darle muchas estocadas lo arrojan todavia vivo en medio de las olas. Otro Jesuita, Manuel Alvarez, es herido en el rostro mientras animaba á los portugueses en el combate y echaba en cara á los calvinistas su ceguedad y obstinacion; despues, y ya medio muerto, lo tienden sobre cubierta, lo tronchan las piernas y le

quebrantan los huesos para aumentar sus padecimientos: en medio de sus angustias, volviendo la vista hácia sus compañeros, les dice: «Hermanos míos, os suplico que no me compadezcáis, sino que por el contrario mi suerte os parezca digna de envidia, porque confieso no haber merecido la dicha que Dios me concede de sufrir estos tormentos para su gloria. Mas de quince años hace que pertenezco á la Compañía, y mas de diez que estaba pidiendo y me preparaba para hacer el viaje del Brasil; pero creo que todos mis trabajos se encuentran bien recompensados logrando un fin tan dichoso.» Los calvinistas furiosos con este lenguaje, arrojan en el mar á Alvarez, que estaba ya agonizando. Descubren otros dos Jesuitas que estaban rogando á Dios al pié de las imágenes que ellos tanto aborrecian, y se arrojan ciegos sobre ellos. Magullan el cráneo del primero, llamado Blas Rivero con el pomo de sus espadas, y cae muerto saltándole los sesos: el segundo, Pedro Fonseca, recibe en la boca una puñalada que le destroza la quijada y le corta la lengua. Entre tanto el P. Jacobo de Andrade, que era el superior por la muerte de Acebedo, estaba oyendo la confesion de algunos de sus compañeros. Los calvinistas, que habian ya reconocido en esta accion á un sacerdote, se enfurecen mas todavia cuando esclama: «Hermanos míos, preparad vuestras almas que se acerca la hora de vuestra redencion.» Avalanzándose sobre él los bárbaros le dan de puñaladas, y lo arrojan medio vivo en el mar (1).

»Esta primera carnicería solo sirvió para escitar la crueldad de los calvinistas. Veinte y ocho novicios habian permanecido en el fondo del buque durante el combate, y se les arrastra á este horroroso teatro. Eran jóvenes y tímidos

(1) Histor. gener. de las misiones católicas, por M. Henrion.

dos, hacen burla de su inocencia é insultan su modestia. El dia que iluminaba esta escena de martirio era un sábado; intentan obligarlos á que quebranten el ayuno y les introducen carne en la boca, pero ellos la pisotean. Les prometen perdonarles la vida con la sola condicion de que abjuren su creencia, y no responden más que con una mirada de desprecio. Por espacio de mas de una hora sirvieron de este modo de juguete á una multitud embriagada por la venganza. Cuando los hereges se cansaron de llenarlos de ultrages determinaron continuar los asesinatos. A los que estaban ordenados les rompian la cabeza por el sitio de la corona, y para los restantes se inventó un nuevo suplicio: los ataban por los piés de dos en dos y los empujaban de este modo hasta el bordo del navio; allí con burlonas risotadas los atravesaban con sus espadas ó puñales y los precipitaban al fondo del abismo (1).»

Citaremos algunas otras particularidades acerca de estos jóvenes héroes que con dificultad podian creerse en disposicion de sostener la lucha, si aquí no fuese todo mas bien obra de la gracia que de la naturaleza.

Otros dos Jesuitas (2) Gregorio Escribano y Alvaro Mendez, que yacian enfermos en sus lechos, se levantan con gran trabajo, se ponen la sotana sobre la camisa y á medio vestir y con los piés descalzos, suben á mezclarse en la matanza por no perder tan hermosa corona: hubieran podido librarse de la muerte permaneciendo en la cama sin decir que eran compañeros de los mártires, pero prefirieron morir por la misma causa y ganar la misma palma, á prolongar su vida temporal. Simon de Acosta, jóven de 18 años, en cuya fisonomía y nobleza de modales se descubria el vástago de una ilustre familia,

(1) Cristinau.

(2) Henrrion.

es conducido delante de Sourie, que esperaba de él un rico rescate. El corsario le preguntó, si era también Jesuita: una simple negativa podia salvarle la vida, pero lejos de recurrir á este medio respondió que era compañero y hermano de los que habian muerto por la fé católica, apostólica, romana. Entonces Sourie, ciego de rabia, lo hizo ahorcar inmediatamente, y que lo arrojáran al agua. Dueños del navio los calvinistas lo saquean, desocupan los cofres en que Acebedo habia colocado los objetos de devocion y los ornamentos sacerdotales, profanan las reliquias, queman un fragmento de la verdadera cruz, hieren con sus puñales un crucifijo, y por último, uno de ellos vistiéndose por burla como el sacerdote en el altar, parodia las ceremonias de la misa. Como la artillería de los franceses habia maltratado al Santiago hasta el punto que habia sérios temores de que se fuese á fondo, reunieron todos los Jesuitas que sobrevivian y despues de golpearlos de mil modos los hacen trabajar en las bombas: pero este trabajo duró poco tiempo; Jacobo Sourie, que se enteró que todavia existian algunos Jesuitas, mandó en alta voz que se acabase con ellos. «Matad, matad, esclamaba, á esa canalla que iba á sembrar el papismo en el Brasil, arrojad en el mar á todos esos perros de Jesuitas.» A esta orden del vice-almirante los soldados se apoderan de los cautivos, los atan de dos en dos ó de tres en tres, los conducen al borde del navio, les dan de puñaladas y los precipitan en las olas donde caen entonando el *Te Deum*. A algunos les cortaron los brazos ó las manos, para no dejarles ningun medio de asirse al navio en las convulsiones de la agonía. Así perecieron asesinados con la mayor sangre fria los religiosos ó novicios de la Compañía de Jesus, jóvenes la mayor parte y de quienes los calvinistas no habian recibido el menor daño,

pero á quienes su cualidad de Jesuitas, es decir, de granaderos de la fé designaban como objeto de las violencias de la heregía. Este mismo Jacobo Sourie que se habia hecho dueño poco tiempo antes de una embarcacion que trasportaba dos Franciscos y dos sacerdotes regulares no les hizo daño ninguno, mientras que no dejó escapar un solo discípulo de San Ignacio; prueba evidente de que solo odiaban los calvinistas á la Compañía de Jesus. Pero nos hemos equivocado, en los cuarenta hubo una escepcion. A medida que los corsarios, separando á los cautivos ponian aparte á los Jesuitas, examinaban con mucho cuidado las manos y vestidos de cada uno. Viendo que Juan Sanchez tenia las manos súcias y callosas y que llevaba un vestido corto y manchado, le preguntaron si era el cocinero de los religiosos, y habiéndolo respondido afirmativamente, lo conservaron á fin de emplearlo en el mismo destino: Dios permitió que sobreviviese este testigo para acreditar todas las circunstancias del martirio de sus hermanos. Permaneció, pues, Sanchez con los calvinistas hasta su vuelta á Francia desde donde marchó á Portugal. Pero otros portugueses á quienes se les perdonó la vida, llevaron mucho mas pronto la noticia de este trágico acontecimiento á la isla de Madera, donde todavia se encontraban los otros treinta miembros de la Compañía, que se habian detenido allí; de modo que el P. Diaz pudo enviar el 18 de Agosto, al P. Hernandez, provincial de Portugal, una relacion de lo acontecido el 15 de Julio. La escepcion hecha en favor del hermano cocinero redujo á treinta y nueve el número de las victimas; pero estaba escrito en los decretos eternos que el número de los misioneros del Brasil habia de ser de cuarenta como el de los mártires de Sebaste. Un jóven llamado San Juan, sobrino del capitán del Santiago, se conmovió de tal modo

á la vista de los actos de piedad y virtud de los Jesuitas, que pidió y obtuvo del Padre Andrade el favor de ser admitido en el número de los novicios, aunque no pudo llevar su hábito, por no hallarse ninguno de sobra en el navio. En el momento de la separacion de los prisioneros se colocó sin decir una palabra entre los corderos destinados á la matanza. Lo separaron diciéndole que no era del número de los condenados. Tú no tienes el traje de los papistas, le dijo el corsario, y por lo tanto no mereces la muerte.—Os engañais, replicó él valerosamente; he sido admitido en la Compañía de Jesus é iba tambien á predicar en el Brasil las verdades de la religion católica. Como no fué sin embargo atendida su generosa reclamacion, cogió uno de los hábitos de que habian despojado á los mártires, se lo puso y se volvió hácia los homicidas, que lo asesinaron en su despecho y lo arrojaron al mar. San Juan aunque propiamente no pertenecia á la Compañía de Jesus, completó así el número de sus cuarenta mártires.

Permítasenos dar aquí sus nombres, que inscritos en el libro de la vida, son tambien inmortales en los fastos de la Iglesia: algunos de ellos son históricos. Habia tres sacerdotes: Ignacio de Acebedo, de Castro, Andrade; los demás religiosos eran: Alvarez, Riveiro, Fonseca, Mendez, Escribano, de Acosta, F. Alvarez de Covillo, D. Hernandez, Baena, Antonio Suarez, Gonzalo Henriquez, J. Fernandez de Braga, J. Fernandez de Lisboa, Juan de Mayorga, Delgado, Luis Correa, Manuel Rodriguez, Lopez, Pedro Muñoz, Magallanes, Dinsy, Gaspar Alvarez, Antonio Hernandez, Pacheco, Pedro de Fontaura, Andrés Gonzalez, Perez, Antonio Correa, Amado Vaz, Caldeira, Baeza, Fernando Sanchez, Perez Godoy, Juan de Zafra, San Martín, San Juan, que ocupó el lugar de F. Juan Sanchez, y

por último Esteban Zuzayre, vizcaino, que antes de salir Plasencia en España donde residia, para marchar al Brasil, le dijo á su confesor P. José de Acosta que partia contento, porque estaba seguro de que iba á morir mártir; respondiéndole que el Señor se lo habia revelado, á la pregunta que se le hizo de que quién le habia dado esta seguridad. La vida de Acebedo ha sido escrita por los PP. Julio de Cardosa y de Beauvais. El pintor y Jesuita Jacobo Courtin, llamado el Borgoñon, hizo de su muerte y de la de sus compañeros asunto de un cuadro; pero el monumento mas bello de su triunfo es un decreto del 21 de setiembre de 1742; por el que Benedicto XIV ha declarado auténtico el martirio de estos cuarenta Jesuitas y su causa (1).»

A nosotros nos ha sido concedido ver á la Iglesia dar la última mano á este monumento, colocando sobre los altares á estos generosos atletas, y proponiendo como modelo su constancia en la fé á las generaciones cristianas.

No nos detendremos en describir las profanaciones que cometieron los herejes con los sagrados objetos que hallaron entre los despojos de sus víctimas: ni aun respetaron el fragmento de la verdadera Cruz, llegando uno de estos malvados hasta á escupir en esta insigne reliquia, arrojándola en seguida al fuego.

Pero no les fué posible á estos impíos profanar la imagen de la Virgen, que llevaba el P. Acebedo, como el estandarte de su fé. En vano sobre cubierta intentaron arrancársela, la estrechó de tal modo entre sus manos hasta en las angustias de su muerte, que no pudieron quitársela para profanarla, y este prodigio admiró á los culpables. Lo arrojaron todavía vivo al mar con ella entre sus brazos. No tardó mucho en espirar, pero en todo el dia, su cuerpo sostenido por una fuerza sobrenatural,

(1) Historia general de las misiones católicas, por Mr. Henrion.

quedo flotando sobre las aguas, con los brazos en forma de cruz, mientras con la mano derecha levantaba la sagrada imagen por cima de las olas. Por la tarde un portugués viendo que el cuerpo del mártir se acercaba al navío hasta el punto de tocarle con la imagen, se acercó al borde y se la quitó sin ningun trabajo, la escondió despues con mucho cuidado y la regaló á los Jesuitas de la isla de la Madera, que la enviaron á Bahía, en el Brasil, donde ha llegado á ser objeto de una devocion especial en una capilla pública.

Por aquel tiempo fué manifestada la gloria de estos mártires, admitidos desde luego en el cielo por diferentes revelaciones, cuya relacion se encontrará en las fuentes que acabamos de citar. Santa Teresa, en particular, tuvo una bien clara en el monasterio de Avila. Estando en oracion el mismo dia del suceso, esto es, el 15 de julio de 1570, vió entreabrirse el cielo para recibir á cuarenta mártires que con palmas en las manos se elevaban de la tierra. Por sus hábitos conoció quiénes eran, y se llenó de alegría al distinguir entre este rebaño de escogidos á F. Perez Godoy, pariente suyo muy cercano. Al momento lo puso en conocimiento de su confesor el P. Baltasar Alvarez, y las noticias llegadas de la isla de la Madera no tardaron en confirmar la autenticidad de la vision.

¡Qué bello es el triunfo que alcanza la Iglesia con los sufrimientos de sus mártires! Pero no es solo la Iglesia, sino Dios, el mismo Dios, el que triunfa en cada uno de ellos. *El sufrimiento de los mártires*, dice S. Gerónimo, *es el triunfo de Dios*. Sí, este triunfo pertenece á Dios, pero el beneficio y honor lo comunica á su iglesia, imprimiendo en su frente el sello mas noble de la divinidad. Porque aun cuando tenga innumerables pruebas de ella, ninguna es mas brillante en su favor que el testimonio

de los mártires. Dios los concede á su Iglesia para que le sirvan de adorno, del mismo modo que siembra el firmamento de estrellas de primera magnitud; y hace brillar su poder de un modo soberano propagando y perpetuando la Religión por los mismos medios que parece debían destruirla y arruinarla, es decir, por la muerte y destruccion de la flor de sus hijos. Y en cuanto al mismo martirio, ¡oh maravilla de la bondad y sabiduría de Dios! cambia en recompensa de la piedad esta muerte que al principio fué solo la pena del pecado.

**CONTRA EL CÓLERA.**—Un filantrópico inglés remite al *Clamor* las siguientes curiosas líneas que nos complacemos en publicar:

«En tiempo de cólera todo mal estar brusco ó sin motivo, como frio, calos-frios, vértigos, desvanecimientos, palpitaciones, opresión, espasmos al pecho, cólicos, diarreas, ansias de vomitar, vómitos, inquietud en las piernas, cansancio grande sin causa, calambres en piernas ó brazos mas ó menos fuertes, cualquiera de estos síntomas aislados ó reunidos, merecen mucho cuidado y exigen el uso del espíritu de alcanfor.

Se echan en una cucharita ó en la palma de la mano tres gotas de espíritu de alcanfor, que se lamen bien con la lengua; despues cada cinco minutos se toman dos gotas durante media hora, una hora y á veces mas, porque no es menester retrasar las tomas antes que el mal desaparezca. Cuando haya llegado ese caso, tampoco se ha de cesar el remedio del espíritu de alcanfor, pero sí se han de retrasar las tomas sucesivamente, es decir, una toma cada cuarto de hora, cada hora, cada dos horas, etc. Siguiendo este sistema, no hay que temer la recaída.

Este método, tan sencillo y el mas eficaz que existe, basta siempre para triunfar del mal, si se ataca en el mo-

mento de la invasion. A veces el cólera empieza de noche por una indigestion; se despierta uno con la cabeza pesada, acedías en la boca ó eruptos de hueso podrido, en cuyo caso, y no teniendo duda que hay una indigestion, en vez de tomar una taza de thé, es preciso tragar una tras otra tres tazas de agua caliente sin azúcar para tratar de vomitar, y si no se consigue, poner los dedos sobre la base de la lengua para obtenerlo; una vez que se ha vomitado, enjuagarse boca y garganta con agua fresca, y empezar el uso del espíritu de alcanfor, como llevo explicado. De no hacerlo así, sobrevendrán vómitos biliosos, seguirán los de agua blanca, las evacuaciones del mismo género, acompañados de calambres y de un frio general, la supresion de la orina, síntomas todos de cólera confirmado. El cólera seco ó nervioso no es de mejor condicion que los otros, ni menos grave. Este consiste en calambres, espasmos al pecho, palpitaciones, una grande ansiedad, vértigos sin evacuaciones ni vómitos. Debe ser atacado lo mismo, con el espíritu de alcanfor, y cede admirablemente.

Un médico, amante de la humanidad, ha hecho publicar esta receta en todos los papeles que ha podido, de cuyas results estaba seguro por no haber sucumbido ningun colérico; y leida por Mr. Causet, curá párroco de Hampigni, canton de Brienne (Aube), el 24 de agosto, tuvo que emplearlo por verse acometida su aldea y no tener médico de quien echar mano, de forma que para mayor publicidad ha hecho poner lo que sigue en el periódico *La Verité*:

«El 21 de agosto de 1854 tuve que asistir á mas de 60 coléricos: mi ensayo ha escedido á mis esperanzas, pues ni uno solo ha perecido y cosa estraña, casi todos se han encontrado curados al dia siguiente. Los aldeanos de los pueblos inmediatos vienen á cada instante pedirme mi receta, que no es mas que el espíritu de alcanfor, administrado como lo he dicho antes.»—(Firma el cura.)